

Sergio S. Morán

El lingotazo



El lingotazo

Primera edición: mayo de 2019

© 2019 de Sergio S. Morán

© de esta edición, Insólita Editorial S.L., 2019

Ilustración de cubierta: © Fran Mariscal Mancilla, 2019

Fotografía del autor: © Silvia Mollat, 2019

Corrección y maquetación: Insólita Editorial

Publicado por Insólita Editorial S.L.

www.insolitaeditorial.com

IBIC: FM

ISBN: 978-84-948986-8-6

Depósito legal: B-13.673-2019

Impreso por Kadmos

Impreso en España - Printed in Spain

Se prohíbe la reproducción de cualquier parte de esta publicación, así como su almacenaje o transmisión por cualquier medio, sin permiso previo de la editorial.

*Para Alicia, inmejorable compañera de batallas.
El cariño y la amistad que me regalas
valen todo el té de China.*

No te lo bebas de golpe.

El montículo de piedras que bloqueaba el paso por el puente se asemejaba en forma y finalidad a un ogro de caminos empeñado en evitar que nadie cruzase. Por si la metáfora fuera demasiado sutil, a su lado un auténtico ogro de caminos se mantenía firme, observando con actitud desafiante a los viajeros que se acercaban.

El ligero convoy dudó y, con un gesto de uno de los agentes de la Santa Hermandad, los dos caballos y el furgón blindado se detuvieron, emitiendo bufidos de queja bajo el aplastante sol de la tarde.

—Es claramente una emboscada —comentó uno de los agentes más experimentados, enunciando en voz alta algo tan obvio que podría haber sido dicho por cualquiera de los otros agentes más jóvenes, o por uno de los caballos.

—Pues no podemos detenernos. Ordenadle que se retire o encargaos de él —gritó con voz autoritaria y segura el teniente desde el interior del furgón blindado, mientras tamborileaba nervioso los dedos en el volante. No era momento para emboscadas, tenía órdenes muy precisas de llevar la mercancía hasta su destino, sacrificando su vida y la de sus hombres por el camino si eso fuese necesario. El teniente no estaba de humor para andar sacrificando vidas, al menos la suya. No con este calor. Ordenó a sus hombres cargar y preparar su armas, mientras el subteniente caminaba aferrado a su rifle hacia el ogro que le esperaba pacientemente.

Los cascos de los caballos repiqueteaban inquietos en las paredes del desfiladero, acompañados del rumor del río que baja-

ba casi seco y del motor a vapor del furgón. En el cielo, un buitre que sobrevolaba la zona descendió, atraído por la tensión del momento. En su experiencia como buitre, los momentos de tensión solían ir seguidos de momentos de distensión muy escandalosos, con eventual intercambio de insultos y disparos, y finalizaban con momentos de relax en los que los perdedores adoptaban forma de delicioso cadáver.

El ave, negra como la sombra que tanto escaseaba en el camino, se posó en un balcón natural para observar la escena. Mientras intentaba adivinar cuál de las figuras que se movían varios metros por debajo de él sería su cena, el subteniente llegó al puente, arma en mano.

—Buenas tardes —empezó el agente con más educación que entereza, llevándose la mano a la cabeza a modo de saludo. El ogro repitió el gesto, pero quizá por un despiste, o quizá con toda intención, su enorme mano se dirigió a la cabeza del subteniente en lugar de la suya. Con un gesto igual de rápido, lo desmontó de su caballo y lo lanzó por los aires sin esfuerzo. Antes de que el subteniente tuviese tiempo de llegar a comprender qué pasaba, su morro y el del furgón blindado chocaron a gran velocidad, resultando en victoria aplastante para el vehículo.

—¡Fuego! —ordenó el teniente mientras sacaba su rifle de debajo del asiento.

El otro agente a caballo comenzó a disparar asustado, pero el ogro ya se había refugiado tras el montón de piedras, que apenas notaron el cosquilleo de las balas, haciéndolas rebotar.

El copiloto del furgón, un también experimentado alférez, abrió la caja que había detrás de los asientos, y comenzó a buscar entre todas las armas ahí disponibles. Un disruptor mágico capaz de detener ataques por parte de hechiceros, una granada de metralla ligera capaz de detener a las velocísimas pero frágiles hadas, un saco con monedas de oro capaz de detener a cualquier funcionario del gobierno local, y lo que buscaba.

El alférez salió del furgón y comenzó a cargar la escopeta para elefantes, mientras veía como las balas de fusil de sus

compañeros apenas hacían mella en la piel del monstruo, que agarraba una de las mayores piedras del montón y la lanzaba contra la cabina del vehículo.

La enorme roca aterrizó reventando la luna, el motor y toda la parte frontal del furgón, teniente incluido. El buitre, de haber nacido con boca en lugar de pico, estaría sonriendo. Ya tenía dos deliciosas comidas entre las que elegir, y si la escaramuza iba rápida, podría comerse a una antes de que otros de sus congéneres se acercasen a merodear su comida como buenos buitres que eran. Cuando ya había decidido mentalmente que empezaría por el teniente recientemente pasado por la piedra, ya que así ahorraría mucho tiempo en masticar, una detonación se produjo a su lado.

La roca que observaba el encuentro junto a él se había quitado el disfraz y demostró no ser más que otro humano que, armado con un rifle de mira telescópica, acababa de abatir al alférez antes de que este llegase a disparar su escopeta para elefantes.

El buitre huyó volando, ofendido por la actitud de una piedra tan maleducada, y buscó otro lugar desde donde seguir el curso de los acontecimientos, a ser posible en compañía de rocas más comedidas y menos escandalosas que su vecina.

El ogro se acercó lentamente mientras el francotirador derribaba al último agente, antes de que este pudiese ni siquiera adivinar de dónde venían los disparos y de dónde solo su eco. Tras asegurarse de que ninguno de los cuatro hermanitas respiraban, ambos se acercaron al furgón.

Julio Jiménez era también conocido como el Atracador, porque su pueblo cerca de la frontera entre Navarroya y Castilleja no era muy propenso a la imaginación, y si alguien atracaba convoyes, no se iban a molestar en llamarlo el Carnicero, o el Estudiante. El Atracador observó el terreno, los cadáveres y, finalmente el furgón. Por desgracia, la resistente mole de hierro no había aguantado el impacto de los proyectiles que había lanzado el ogro, primero en forma de agente, y luego de piedra. El

motor había dejado de hacer el ruido petardeante que indicaba que funcionaba, y el vapor salía por lugares que no estaban diseñados para ello. Por un momento se planteó si el precio que había pagado por los servicios de aquella mole humanoide para este trabajo especial habían merecido la pena, pero llegó a la conclusión de que si quería llevarse la mercancía, necesitaría aquella montaña de músculos que había recibido balazos como si fuesen simples picaduras de tábanos.

Además, tenía otras ventajas. El furgón, aunque destrozado a nivel de ingeniería, seguía siendo una efectiva caja fuerte con ruedas, y para acceder al interior, necesitaría ayuda de su antiguo socio Jaime el Cerrajero de Cajas Fuertes, o el uso de una fuerza particularmente bruta.

—Ábrelo —ordenó Julio mientras retiraba la escopeta de elefantes del cadáver del alférez.

El ogro ni siquiera asintió, ya que para eso tendría que pensar mucho y se le olvidaría cómo caminar. Se acercó a la parte trasera y agarró la puerta del furgón, reventando los dos candados con la misma facilidad que habría reventado unos cráneos.

Un rayo amarillento acompañado de un trueno seco salió del interior del furgón en el mismo momento en el que se abrió la puerta y aterrizó en la cabeza del monstruo. Para cuando Julio tuvo tiempo de levantar la vista, la puerta ya se había vuelto a cerrar, y el corpachón del monstruo se desplomó en el sitio, a diferencia de su cabeza, que no parecía encontrarse en su lugar habitual, ni en ningún otro cercano.

«Magos», pensó Julio, sorprendido. Que el Cuerpo de Agentes de la Santa Hermandad usaba magos no era ningún secreto. Lo que no quitaba que fuese algo excepcional. El precio que había pagado por el chivatazo cada vez le parecía un dinero mejor invertido, y más ahora que no tendría que compartir el botín con el ogro. Si el convoy estaba protegido por un mago es que lo que transportaba tenía más valor de lo que creía. Decidido, Julio se acercó a la caja de la cabina y encontró entre los restos del arsenal un explosivo calorífico sorprendentemente

intacto. Con tranquilidad y la escopeta para elefantes en una mano, activó la runa del artefacto y lo lanzó bajo el eje trasero del furgón.

Las llamas estallaron y crecieron rápidamente, haciendo que el ardiente sol se convirtiese en la segunda fuente de calor del desfiladero, aunque solo fuese por unos pocos grados. Las llamas envolvieron la caja del furgón, transformándolo en un horno en cuestión de segundos. Julio se colocó en frente de la puerta trasera, apuntando con el arma preparada. Si ese estúpido mago decidía salir, la escopeta lo enviaría de nuevo hacia dentro. Si decidía quedarse, el buitre que sobrevolaba la escena probaría la comida precocinada por primera vez en su vida.

Tras unos segundos en los que a Julio le llegaba el abrasador calor de las llamas, la puerta se abrió y de su interior salió un colorado y asfixiado agente, boqueando con la sana intención de respirar un aire que no hiciese arder sus pulmones. Lo único que encontró fue el disparo a casi quemarropa de Julio que, para su sorpresa, no devolvió al agente al interior, sino que desintegró un tercio del cuerpo del hechicero de manera que por un momento la matanza del pueblo de Julio pasó por su cabeza.

El Atracador pudo ver entonces el interior del furgón y supo que todo el trabajo había merecido la pena.

Oro.

Lingotes de oro. Pocos, muy pocos, la verdad, pero inusualmente grandes. Julio tenía algo de experiencia vendiendo cosas que había «encontrado» en el interior de los maleteros de los pocos coches que optaban por esa ruta, pero se veía incapaz de calcular a cuántos reales equivaldrían esos enormes lingotes. Ni siquiera le molestaba pensar que el furgón, y por tanto el oro, ahora mismo ardían. Eso era mera logística, ya enfriarían, el trabajo estaba hecho. El color rojizo que adquiriría el oro por momentos, a pesar de que las llamas empezaban a apagarse, tampoco le preocupaba. Su cerebro solo podía pensar en la cantidad de dinero que tenía ante sus ojos.

Suficiente como para no tener que trabajar nunca más en su vida.

Y tenía razón.

Tras un tiempo prudencial, el buitre regresó hacia el desfiladero. La enorme explosión se había sentido incluso en las alturas. La onda expansiva había hecho vibrar el aire de tal manera que había optado por esconderse tras una montaña en previsión de alguna réplica.

Al volver al cabo de unos minutos, el buitre vio cómo el desfiladero ahora parecía haber crecido en tamaño y evolucionado en un humeante cráter, y no quedaba rastro ni del furgón ni del camino.

Ni de su cena, maldita sea.

Capítulo I

Gádiz

El puerto de Gádiz era tan grande como maloliente. Y era enorme.

Los metálicos cargueros mercantes se disputaban la bahía con los desvencijados galeones de madera que aún flotaban desafiando las leyes de la física y las de seguridad marítima. Más tiles con raídas y sucias velas compartían el suave vaivén de la corriente con chimeneas que fabricaban una neblina de vapor que envolvía todo el puerto. Los viejos capitanes de barco miraban a los nuevos mercantes con desaprobación, aún no del todo convencidos de que el metal pudiera flotar. Los ingenieros de los barcos de vapor miraban a la tripulación de los galeones como si fuesen náufragos desquiciados agarrados a un tronco de árbol.

Una vez en tierra, estas disputas acompañaban a los marineros en su tambaleante caminar de taberna en taberna, y solían acabar del mismo modo. Con alguien tirado en el suelo.

Lucas Florido de Espinoza conocía dichas disputas, y conocía o al menos era capaz de calcular cuándo y dónde iban a ocurrir para, con la misma velocidad, encontrar un hueco seguro desde donde mirar el espectáculo. Y eso era lo que hacía el periodista en ese mismo momento, mientras veía caer a un delgaducho grumete bajo los fuertes brazos de un curtido y fornido mecánico de a bordo, más acostumbrado a tratar con pistones de vapor que con los débiles huesos del cuerpo humano.

En cuanto el último golpe hizo el mismo efecto, y casi el mismo sonido, que el gong que indicaba el fin de la pelea, y el penúltimo marino cayó al suelo otorgando la victoria a la

tripulación del mercante *El Descomunal*, Lucas recordó que había venido a trabajar y no a disfrutar de los espectáculos regionales.

El periodista caminó entre los caídos con cuidado de no pisar a ninguno, no tanto por educación como por higiene. Se acercó al joven grumete, que aún movía los brazos a su alrededor, confuso y sin saber aún de dónde venían los golpes que hacía ya un minuto que habían cesado. Lucas cogió aire, se agachó y ayudó al joven a levantarse, o al menos a poner el suelo bajo sus pies.

—Buenas tardes, joven marino. ¿Sería tan amable de responderme a unas preguntas? —empezó el periodista antes de que el grumete perdiese la consciencia en sus brazos.

El Consorcio de Putas Limpias y su Factoría de Afectos era un edificio de cuatro plantas que destacaba en el puerto como lo haría una orquídea surgiendo del cadáver de una rata muerta de asco. El flujo de marinos del puerto era tal, y sus peleas habían derivado tantas veces en medianas batallas campales, que las prostitutas portuarias decidieron asociarse entre ellas y crearon un consorcio que les proporcionase seguridad. Aprovecharon de paso para renegociar sus abusivos contratos con sus chulos, quienes no tardaron en firmar cláusulas de cesión ante la atenta mirada de un centenar de mujeres cansadas de ser explotadas.

Tras su sindicación, la Factoría de Afectos se convirtió en el negocio más próspero de la bahía, por encima incluso de la capitanía marítima del puerto. El prostíbulo creció y no tardó en añadir diferentes pisos para atender los diferentes tipos de demanda.

Lucas conocía el elegante y sofisticado tercer piso, y en el adornado y limpio segundo tenía abierta una cuenta. El cuarto piso era solo una leyenda, apto únicamente para capitanes que habían encontrado tesoros o explotado algún continente.

A pesar de encontrarse en el primero, donde las prostitutas atendían a los marineros con eficiencia poco afectuosa, la habitación donde esperaba a que el grumete recuperase la consciencia estaba limpia y cuidada. El hecho de que un par de ostras vigilaran y seleccionaran a los clientes que podían subir al primer piso otorgaba al lupanar una inusual tranquilidad, solo interrumpida por los gritos provenientes de otras habitaciones que indicaban de todo menos violencia. Esa estaba reservada para el sótano.

—¿No se ha despertado aún? —preguntó una joven y exuberante mujer asomándose por la puerta. Lucas negó con la cabeza—. Voy a tener que cobrarte otra hora. Lo sabes, ¿no?

Lucas dejó escapar un teatral quejido de lamento. No le quitaba el sueño, eran gastos de trabajo, merecía la pena. Además, la sonrisa de descanso que Rosa intentaba disimular seguramente le valdría algún descuento futuro. A todo el mundo le gusta cobrar sin trabajar. Para poner a prueba su buen humor, Lucas preguntó:

—Ya metidos en gastos, ¿me traerías otra copa de vino, cielo?

Rosa asintió sonriendo. La copa la iba a cobrar a precio de puta, por supuesto, pero el hecho de que accediera y no le escupiese que no era una simple camarera era síntoma de su ánimo.

—*¿Eu posso...?* —comenzó el grumete—. ¿Podría beber un poco de vino?

Lucas asintió con un gesto hacia Rosa, y en cuanto desapareció, miró al joven y escuálido grumete, que por su acento acababa de demostrar ser luso. El joven vio la figura alta y delgada que se escondía tras una enorme sonrisa que parecía poder albergar una mala persona detrás, así como una fragata de cuarenta cañones. Bajo el gris gabán escondía unas coloridas y recargadas ropas muy poco discretas para el puerto, y quizá incluso para los carnavales de la ciudad.

—En buena lid os habéis metido con los de *El Descomunal*, ¿eh? —El joven asintió dubitativo, aún confuso y sin saber dón-

de se encontraba, pero contento de que fuese en una cómoda cama y de que una preciosa chica le llevara vino.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué me habéis traído...?

—La fortuna, que es un poco ramera y te ha traído hasta su hogar —sonrió divertido Lucas—. Eres tripulante del *Alonso de Ojeda*, ¿no? El viejo galeón que está siendo calafateado en el dique seco número siete. Eso si no me han engañado mis fuentes.

El marinero abrió los ojos asustado. Estaba claro que no podía irle todo tan bien. Vino, una cama... eso no era para él. No sabía qué era, pero una sonrisa amable que le ofrecía una copa de vino y sabía tanto de su barco no podía traerle nada bueno. Quizá se le reflejó en la cara, porque su interlocutor no tardó en tranquilizarlo.

—Tranquilo, soy tan solo un periodista con curiosidad por todo tipo de bodegas, incluyendo las de tu barco, joven grumete. Tan pronto me respondas a unas preguntas, te dejaré a solas en esta habitación. O acompañado, depende de lo buenas que sean tus respuestas.

Al grumete no pareció tranquilizarle del todo la explicación, aunque por lo menos dejó de buscar posibles vías de escape con la mirada.

—Vamos, no te preocupes, podrás hacerlo desde la comodidad del anonimato, solo necesito que me confirmes unos cuantos números. Si no lo haces tú, le pagaré a otro. Siempre hay voluntarios para trabajos tan sencillos. —Lucas no dejó de sonreír con aires de actor, y Rosa apareció de nuevo con las copas de vino. El periodista se levantó y dio un largo trago a la suya, mientras sujetaba la otra con su zurda. El grumete hizo un esfuerzo extraordinario para intentar alcanzar su copa, pero Lucas negó con la cabeza retirando el vino de su alcance.

—¿Las preguntas?

El grumete decidió que no le pagaban tanto por su silencio, así que asintió con la cabeza mientras el periodista le entregaba

la copa y sacaba una pluma y un bloc de notas amarillo del interior de su gabán.

—Buena decisión, grumete. Me confirmas entonces que venías en el *Alonso de Ojeda*, ¿no?

El grumete asintió, mientras bebía el vino como si en vez de en el navío hubiese llegado a nado.

—Vuestro galeón ha hecho un viaje transoceánico. Salió del puerto de Villarrica, en el Virreinato Aztécica, hasta llegar a Gádiz. ¿Me equivoco? —De nuevo un gesto afirmativo con la cabeza—. Y trae en sus bodegas el cargamento de oro y especias que el virreinato paga a modo de impuestos a las dos coronas de Hisperia, ¿verdad?

El grumete dudó un instante antes de asentir, más lentamente. No hacía falta tener el olfato periodístico de Lucas para saber que el grumete no estaba tan seguro de esa respuesta. Pero Lucas no tenía prisa, no iba a tirar de ese hilo aún. Buscó en su cuaderno amarillo una página, escrita a mano, y se la mostró al grumete.

—Esto es lo que llevaba oficialmente tu galeón, según lo que me ha comunicado el funcionario del Consejo de Indias. ¿Puedes confirmarme, dentro de la duda razonable, que es cierto?

El joven marino frunció el ceño con tal esfuerzo que Lucas pensó que borraría los números.

—¿Oficialmente? —preguntó sin dejar de mirar el papel.

—Oficialmente.

—Sí, sí, esos son los números correctos. Sí.

Tres síes, el grumete no tenía futuro ni en el póker ni en la política. Pero era lo que necesitaba: los números oficiales eran correctos, el Virreinato Aztécica seguía pagando sus diezmos a Hisperia y todo seguía en calma. Oficialmente.

Lucas cerró la libreta amarilla y preparó mentalmente un titular. Desmentiría los rumores que empezaban a aflorar sobre los virreinos de las Indias y su desprecio y burla hacia la Diarquía Hispérica. El editor del periódico monárquico *Los*

Dos Heraldos estaría contento con el artículo que ya escribía en la cabeza, y que firmaría bajo el seudónimo de *El Periodista Real*. La corona a su vez estaría contenta con el periódico. Todos contentos con esas mentiras con forma de verdades. Menos Lucas, claro, pero ya llevaba demasiados años trabajando para ellos como para que le importase su propia conciencia. La habitación del lupanar donde sacaba la información no iba a pagarla él.

Mientras pensaba todo eso, Lucas guardó la libreta amarilla y sacó una similar de color rojo. La pluma era la misma, el papel no. No era algo simbólico, aunque bien podía serlo; era algo práctico: era muy importante distinguir los periódicos opuestos para los que trabajaba. Era momento de hacer las otras preguntas, tirar del hilo que había visto asomar.

—Muy bien —comenzó con una sonrisa muy similar a la anterior, pero que bajo un examen más atento parecía más amenazante y sincera—. Ahora voy a hacerte unas preguntas más... complicadas.

Los ojos del grumete se abrieron y de nuevo todo el vino gratis se le antojó una trampa. Lucas volvió a sentir la necesidad de calmarlo.

—Tranquilo, joven grumete, ya te he dicho que tu nombre no saldrá en ningún artículo. No tienes nada que temer. Además, no vas a decirme nada que no sepa ya. Se trata de un pequeño gran secreto a voces: las tripas de la nave iban más vacías que las tuyas propias, ¿no?

El marino negó con la cabeza tan rápido como le permitió el cuello. Lucas lo atravesó con la mirada.

—Eres luso, ¿no? —Lucas no esperó a que respondiese, y el joven aún estaba negando la anterior pregunta cuando continuó hablando—. Vuestra corona solo tuvo que mantener el Virreinato de Brazil antes de que la corona lusa y la hispánica se fusionasen fundando la Diarquía. Los brasileños pueden ser tenaces, pero no es nada que no pudieseis controlar. —Lucas se levantó y dio un paseo por la habitación mientras cogía aire

para soltar un discurso que había ensayado miles de veces—. Pero ¿sabes cuántos virreinos respondían ante Hispania? ¿Lo imposible que era controlar a los salvajes aztélicas, a los lenguaraces platinos o a los insurrectos veneziolanos? ¿Y acaso crees que ahora las dos coronas controlan mejor a las colonias de las Indias? ¿Crees que las respetan acaso?

Lucas hablaba como alguien que, en lugar de opinar sobre la situación política, declamase ante un público imaginario. Desde sus recargadas palabras hasta sus estudiados gestos, el hombre parecía vivir en una obra de teatro.

—Lo que quiero decir, y me detengo antes de que mi lengua entre en terreno de la baja traición, es que la Diarquía preferiría empeñar una de las dos coronas antes que admitir que los virreinos no pagan sus impuestos. Impuestos que, si bien no llegan aquí, sabe Dios que los virreyes se encargan de cobrar allí. Trimestralmente, vienen galeones de todos los virreinos, cargando con toneladas de especias, madera y oro. Oficialmente.

El grumete, ante el discurso del periodista, no pudo más que parpadear.

—La bodega venía vacía, ¿verdad? —repitió Lucas.

El marinero negó con la cabeza.

—¿Cuántas cajas de oro? ¿Una? ¿Dos? ¿Siete sacos de pimientos y dos de vainilla?

—Seis... —admitió el marino, escondiéndose tras su copa de vino—. Seis de pimientos.

Lucas apuntó en su libreta. Sumaba los aportes de los otros virreinos. Unos pocos lingotes de plata del Virreinato de Chile, y una tonelada de especias y chili del Virreinato de Plata. Eran simples gestos, tan vacíos como las bodegas de los barcos mercantes. Los virreinos, efectivamente, no pagaban sus impuestos, y las coronas lo negaban. Este sí sería un artículo que quería escribir y firmar bajo el seudónimo de *El Súbdito Indómito*. Su editor en el periódico revolucionario *La Vuelta de Tuerca* estaría contento, las coronas no lo estarían en absoluto y eso haría que Lucas lo estuviera mucho. Casi tanto que hasta

podía olvidarse de lo poco contento que acabaría tras escribir el artículo para el otro periódico. Lucas era una rata traidora, y lo sabía, pero el tintineo metálico de las monedas era un ruido tan fuerte que apenas le dejaba oír sus propios remordimientos.

—Y personas. Claro.

Lucas salió de sus pensamientos. Su periodista interior chillaba reclamando su atención sobre la última frase del marino. Enarboló su pluma como si fuese una daga dispuesta a degollar y miró al marino, borrando la sonrisa de su cara.

—¿Personas? ¿Esclavos?

—No, no, no —se corrigió el joven ante el interés repentino de su entrevistador—. Pasajeros.

Lucas frunció el ceño, aliviado por un lado y frustrado por no haber obtenido una jugosa exclusiva por otro. ¿Pasajeros? Gádiz era un puerto de mercancías. Hacía años, desde la fusión, que la capital lusa había adquirido la función de puerto de entrada al continente. Olissipo era un puerto de personas, Gádiz de mercancías, era una de las miles de cláusulas que el Tratado de Fusión Monárquica había dejado claro desde el principio. Ningún pasajero vendría voluntariamente en un mercante para acabar en esta coalición de alcohol, putas y peleas que era el puerto de Gádiz.

—¿Pasajeros? ¿Qué clase de loco usaría la bodega de un viejo galeón para cruzar el Atlántico?

Izel Aguilar salió de la bodega del viejo galeón en el que había cruzado el Atlántico. Bajaba por la escala decidida, con su enorme mochila, imitando a los marinos que descargaban la mercancía de las tripas del barco. Su petate no era tan grande como las cajas que movían sus compañeros de viaje, pero Izel tampoco era tan grande como ellos, así que la imagen, si bien llamaba la atención, resultaba proporcional.

La mayor diferencia no era quizá el tamaño. La vida marina atraía a todo tipo de gente a sus filas, y no iba a descartar a

alguien por levantar poco más de metro cincuenta del suelo. Tampoco iba a rechazar a Izel por su sexo, como pudo comprobar la chiquilla durante el viaje. La mano de obra en un galeón escaseaba, y mientras tuviese un par de manos callosas el resto del cuerpo al que iban unidas era indiferente. Mucho menos importaba el color café de la piel de Izel, teniendo en cuenta la variada gama cromática de la tripulación. Ni siquiera la franja roja de pintura que cruzaba la frente y los ojos de Izel llamaba la atención en una tripulación que usaba sus pieles como lienzos donde lucir los más variados tatuajes.

No, la mayor diferencia entre Izel y el resto de marinos era la decisión en su caminar. Para el resto de la tripulación, descender del barco era parte de su rutina. Usarían el puerto para descargar su mercancía y gastar su recién ganado salario, y volverían a la tierra firme que era para ellos la cubierta del barco.

La muchacha, sin embargo, caminaba nerviosa. Para ella no era rutina. No era una marina, era solo una pasajera. Su viaje había comenzado en otro continente y había acabado en este. Un continente que por algún motivo que todavía no acababa de comprender llamaban el Viejo, como si aquel de donde venía no tuviese montañas y selvas más antiguas que este.

Izel Aguilar, por primera vez en su joven vida, puso el pie en Europa.

Acto seguido, cayó al suelo.

El suelo había dejado de moverse hacía una hora. Sus compañeros de viaje se rieron amables de su torpeza, y le instaron a que descansase mientras sus pies volvían a aprender lo que era la tierra firme. Izel les hizo caso y, cuando las olas dejaron de azotar el pavimento del puerto, se despidió de ellos.

Era una vida interesante la de la tripulación. La camaradería le recordaba a su pueblito natal. Con alguna mejora, incluso. En Tapasolí era difícil ser aceptado si venías de fuera; en el barco, en cuestión de dos minutos todo el mundo se aprendía

tu nombre, y en cuestión de tres ya lo estaban gritando para que agarrases esa cuerda, o nos vamos todos a tomar por culo, estás tardando.

Pero el mar no era para ella. Sus tripas no lo digerían bien, y sus vientos traicioneros no casaban con su forma de vida. Además, Izel no había venido hasta Europa para enrolarse en un mercante. Izel había venido con un objetivo claro, y para eso, primero tenía que llegar hasta la ciudad de Salmantia, de la cual solo sabía que estaba al norte de donde se encontraba.

El primer paso para poder moverse en un país nuevo era conseguir dinero. Así que comenzó a callejear entre la niebla artificial del puerto y encontró una calle ancha, donde el sol casi se atrevía a asomar entre las nubes que transitaban por las calles, haciéndolas suyas. Dejó la mochila en el suelo y estudió su alrededor. Los marinos ya no se afanaban con su carga y descarga. En donde se encontraban, paseaban con la tranquilidad de quien tiene que pararse a pensar cuál de los dos pies tiene que usar a continuación. La calle estaba llena de bares, tiendas, dentistas, tatuadores y demás sitios a donde los marinos les gustaba arrojar su dinero. Solo echó en falta Izel algún tipo de prostíbulo, como los que había visto en el puerto de Villarrica. La muchacha se apoyó en una pared llena de flores, inconsciente de que el enorme edificio que tenía a sus espaldas se encargaba de gestionar esas necesidades con formidable eficiencia.

Izel sacó de su equipaje un flautín y, con la seguridad de alguien que ha respirado tantas veces a través de una boquilla como sin ella, comenzó a tocar.

Los marinos que paseaban levantaron la mirada al cielo, confundidos por la melodía que sonaba, buscando su origen. Se detenían en el sitio y miraban incrédulos cómo ese exótico canto de pájaro provenía de una joven chiquilla mestiza que revoloteaba al ritmo del trinar de su flautín. El flujo de gente que paseaba por la calle comenzó a desviarse, y en cuestión de un par de corcheas, Izel estaba rodeada de un grupo numeroso de transeúntes que la miraban hipnotizados.

No era la música. Cualquier experto estudioso de la materia, y curiosamente entre los rudos marineros había dos (que no se conocían entre sí), diría que no era música. Al menos no era música para los oídos humanos. Era la salvaje sinfonía de la selva más profunda, donde las aves exóticas cantaban a coro. Y ver bailar a Izel a su ritmo completaba el cuadro, con su larga melena negra con reflejos verdes dejándose moldear por la brisa y el movimiento, como una bandada de pájaros.

El espectáculo era como ver las olas del mar, o un volcán en erupción. Era un fenómeno de la naturaleza. Algunas aves se acercaron a escuchar la música, atraídas por la humana que parecía cantar en su idioma.

Tras acabar el espectáculo entre vítores y aplausos y recoger las monedas del suelo que el público no había dudado en arrojar, Izel agarró su petate, quedándose de nuevo a solas. A los pocos segundos escuchó, posado en una de las flores que adornaban el edificio que había servido de escenario, un petirrojo piar.

—Es una bonita historia —pió—. Nunca la había oído. No es de por aquí, ¿verdad?

Izel, que aún no había guardado su flautín, lo acercó a su boca y continuó hablando en el idioma del petirrojo, con un ligero acento que confirmaba que ni la humana ni la historia que había contado eran de por aquí.

—Hola, hermano petirrojo —flauteó Izel—. No, es del otro lado del océano. Como yo.

El petirrojo asintió con la mitad superior de su cuerpo, sintiéndose muy culto por saber asentir como los humanos, por cortesía hacia su nueva amiga.

—¿Conoces la ciudad? —preguntó la muchacha. Un nuevo asentimiento—. ¿Sabes dónde está la estación de tren?

—¿Tren? —El ave la miró confusa.

Izel, que hablaba casi todos los lenguajes de aves, dudó por un momento. Estaba segura de haber pronunciado «tren» correctamente, aunque nunca tenía claro si era con la o con la

bemol. Pero barajó la opción de que el petirrojo no supiese qué era un tren. ¿Cómo explicarlo? ¿Un gusano metálico que comía humanos? ¿Un nido sobre raíles? Hablar con animales era difícil, sobre todo a la hora de definir objetos y asuntos inherentemente humanos.

Pero antes de llegar a ninguna conclusión, una aguda voz la sacó de sus pensamientos e hizo huir al petirrojo.

—Bonito espectáculo...

Izel levantó la cabeza y observó a una figura alta, tan alta que su rostro parecía perderse en la niebla. En deferencia a la estatura de la muchacha, la figura se agachó y su rostro la estudió detenidamente.

—Gracias —respondió Izel usando su boca y no el flautín, que aún no había soltado. No reconocía al hombre, pero sí sus intenciones, o al menos, la finalidad general de estas. Su corazón comenzó a palpar más rápido e Izel se puso nerviosa. En ese orden.

—Y veo que los marinos han sabido apreciar generosamente tu actuación. —La figura señaló esta vez al bolsito de cuero que asomaba del enorme petate, donde Izel había guardado la recaudación. La muchacha apretaba los dientes, sin moverse ni cambiar de postura. El hombre pareció percatarse de la tensión de esta.

—Oh. No tienes por qué preocuparte. Me llamo Julio Ramón José Julio, y me encargo de gestionar los espectáculos callejeros en todo el puerto de Gádiz. No creerás que actuar en la calle sale gratis, ¿verdad?

A Izel, que estaba más acostumbrada a recibir dinero por tocar su música que a tener que pagarlo, le pareció que a pesar de compartir idioma, el hombre decía cosas incomprensibles.

—El ochenta por ciento de lo recaudado es la cuota exigible para poder tocar en mi puerto. —Pareció juzgar el aspecto de la chiquilla, y rápidamente supuso que quizá necesitaba explicarse mejor—. Eso es, de cada diez monedas que hayas obtenido, nueve son para mí. —La chiquilla seguía mirándole con los

ojos enmarcados en su maquillaje rojo, sin moverse, respirando cada vez más agitadamente. Julio Ramón José Julio aprovechó la falta de resistencia para seguir hablando—. Eso, por supuesto, sin incluir la cuota de inscripción. Es la primera vez que tocas en Gádiz, ¿verdad? Además, siendo claramente de fuera de Hisperia, el papeleo se complica. Eso duplicará los gastos de...

—No —respondió la chica abriendo la boca lo justo para que escapase el monosílabo y no su corazón.

Julio Ramón José Julio sonrió, como si la negativa no fuese más que el pie para que entrase en escena un par de siluetas más, surgiendo de entre la neblina.

—Oh —añadió el promotor musical—. Sí. O tendrás que...

Izel se llevó lentamente el flautín a la boca, sin perder de vista a ninguno de los tres hombres, y tocó con decisión un extraño mi sostenido.

Un dardo emplumado brotó del instrumento y se posó con decisión en Julio Ramón José Julio, el cual se desplomó al instante sin poder añadir ni una cuota más.

Las dos figuras, que aún estaban apareciendo lenta y teatralmente de entre la neblina como su jefe les había ordenado, se apresuraron al ver caer a este al suelo. Cuando confirmaron que, aunque inconsciente, todavía respiraba y que no se habían quedado sin trabajo, buscaron a la muchacha con la mirada.

En el lugar donde Izel había estado no había nadie. En su lugar, solo una pluma negra caía lentamente.

Izel se perdió entre las callejuelas neblinosas y oscuras de Gádiz, sin saber hacia dónde dirigirse o siquiera si estaba huyendo en la dirección adecuada. Tras cruzar la enésima esquina del laberíntico casco antiguo de la ciudad, y convencida de que nadie la perseguía, se escondió tras una pila de nasas vacías. El olor de los aparejos era indistinguible del orín del callejón, y la respiración agitada de la joven absorbía los aromas en mareante cantidad.

Izel se esforzaba en relajarse, pero ni el más tranquilo de los monjes tubotanos* tras haber ingerido una tila hecha con hierbas posiblemente ilegales lo conseguiría a estas alturas. El corazón le palpitaba en el pecho y su respiración se aceleraba. Daba igual que el peligro ya hubiese caído inconsciente siete calles atrás. Era el miedo por el miedo, los nervios producidos por los propios nervios. Y sus consecuencias. Las malditas consecuencias que Izel tendría que pagar si no conseguía calmarse. Y pensar en ellas no ayudaba, podía notarlas. Podía notar cómo perdía el control. Cómo su maldición se asomaba, colándose en los resquicios de su autocontrol, apoderándose de ella.

—¡No! ¡Déjame en paz! —gritó.

El animal quería salir, quería apoderarse de Izel.

Y no tardó en conseguirlo.

El petirrojo aterrizó en una botella vacía de las muchas que florecían en el callejón. Observó la mochila de la peculiar pero educada joven que le había dirigido la palabra momentos antes. El petate reposaba en el suelo, sin espalda alguna que abrazar, perdido en un continente que no era el suyo. Pero no estaba solo. La colorida ropa de la chica lo acompañaba, dándole un toque de color al sucio callejón.

El petirrojo observó el improvisado bodegón de equipaje y ropas hasta que un leve pero frenético aleteo le hizo girar la cabeza. Revoloteando tan caótica como una hoja atrapada en un tifón, una pequeña colibrí de plumaje negro y verde acabó posando sus patitas en una de las nasas, donde pareció calmarse.

* «En los montes más escarpados del Reino de Tubote, al sur de Cai-tai, podemos encontrar a los desconocidos monjes tubotanos. Su estilo de vida frugal y su infinita paciencia durante sus largos periodos de meditación consiguen que ni el explorador más pertinaz pueda obtener respuesta a sus preguntas, y que su paciencia se agote antes de darse cuenta de que el monje lleve posiblemente muerto un par de meses». Isidoro Duarte de Vetusta, *Asia está llena de cosas*.

—Si puedes hacer eso, ¿por qué molestarte con la flauta? —pió inquisitivo el petirrojo a Izel, cuyo diminuto penacho se movía con ritmo frenético.

—No es algo que pueda controlar... —confesó la colibrí avergonzada. Sus brillantes ojos negros destacaban adornados con una franja de fogosas plumas rojas.

Tras un momento en el que nadie dijo ni pío, el petirrojo continuó la conversación, intentando demostrar a esa ave humana de otro continente que no era lo más exótico que sus avezados ojos de petirrojo habían visto.

—El tren que llega hasta Gádiz solo es de mercancías. —Izel primero pensó en que había infravalorado el cerebro del tamaño de una nuez del pajarillo, luego en que no sería la primera vez que usaba un transporte pensado supuestamente para transportar cajas que, por lo que había visto la joven, debían de transportar un aire carísimo y nada más—. Pero tienes líneas de autobús, en la estación al norte. ¿Hacia dónde vas?

Izel se le quedó mirándole a los ojos, con todo el gesto de sorpresa que cabía en su diminuta cara.

—Voy a Salmantia. A la Universidad.

El petirrojo no tenía la más remota idea de qué era una universidad o para qué servía, y a pesar de no ser el único pájaro o humano, o incluso universitario, que también lo desconocía, no admitió su ignorancia.

—Quiero aprender a controlar mi magia —pió la joven.

—Entiendo —mintió el petirrojo. Comprendió por un segundo la relación entre la humana con la que había hablado minutos antes, la colibrí que revoloteaba de nuevo delante de él y la magia, y al segundo se le olvidó—. Quieres dejar de convertirte involuntariamente en una simple humana, ¿no?

Félix Carbonero caminaba con la seguridad y la velocidad de un navío mercante entre el gentío que rodeaba los muelles de carga gritando caóticamente. Su decisión y tamaño lograban

que la gente se apartase de su camino, asemejando su movimiento al de un rompehielos abriéndose paso.

No era solo que Félix tuviese la complexión de un ogro grande o un buque pequeño. Tampoco era la seguridad con la que avanzaba, como si no tuviese ninguna duda de que la gente e incluso los contenedores de mercancía se apartarían de su paso. Ni siquiera era el hecho de que llevase dos marinos inconscientes en sus brazos con tal facilidad que parecía que venía de comprar el pan y había tenido una confusión muy tonta.

Era su sonrisa. Una sonrisa sincera y enorme, incluso para el ya de por sí descomunal tamaño de su cabeza. Alguien que caminaba con ropas sucias y raídas de marinero, con dos cuerpos inconscientes auestas por los puertos de Gádiz y con una sonrisa tan sincera, en la mente de los trabajadores del puerto era alguien a evitar. Nadie podía ser tan feliz en esa situación, y si lo era, es que ocultaba algo. Algo enorme.

Definitivamente, su rostro afable conseguía que todo el puerto se lo pensase dos veces antes de cruzarse en su camino. Aunque no negaremos que los dos cuerpos inconscientes también ayudaban.

Félix llegó a la escala que subía hasta el moderno pero oxidado buque mercante de nombre *El Descomunal*. Una ballena metálica cargada con toneladas de carbón, dispuesta a compartir su mercancía con el resto de hambrientos barcos de vapor que cada vez quitaban más espacio a los galeones de vela. *El Descomunal* había vivido su época dorada cuando la tecnología de vapor había irrumpido en el reino de Hisperia, y el comercio transoceánico de carbón exigía un transporte constante del combustible que a su vez requería de más cantidad de este mineral que, si bien no era precioso, era verdaderamentepreciado. Por eso el buque mercante, a pesar de ser un navío moderno de apenas diez años, había sido sometido a tal carga de trabajo que corría el rumor de que lo único que lo mantenía a flote era un mago encadenado en la bodega del barco.

Y los rumores no se alejaban demasiado de la realidad. El barco disponía de uno de los mejores jefes de mecánicos de toda la flota hispérica. Su conocimiento sobre el funcionamiento de los miles de pistones y engranajes que ocupaban las tripas del barco era superior al de los ingenieros que lo habían diseñado y no solo se decía que le hablaba al barco, sino que este le respondía. Entre la propia tripulación se barajaba la posibilidad de que fuese una nueva clase de mago que vivía en armonía con la tecnología, pero nadie se había atrevido a preguntárselo en los tres años que llevaba trabajando en la nave. El motivo era el mismo por el que nadie le preguntaba por qué entraba arras-trando los cuerpos inconscientes de dos marineros.

Aun así, Félix sintió la necesidad de excusar a sus compañeros mientras los posaba suavemente en la cubierta del buque.

—Los del *Alonso de Ojeda* —respondió a la pregunta que todo el mundo se hacía. No fue necesario decir más. Una pelea entre la tripulación de un buque y un galeón era tan frecuente que la oficina de turismo de Gádiz se había atrevido a repartir folletos con sus horarios.

Aclarado el tema de los cuerpos, mientras un pequeño grupo de marineros los llevaban poco a poco a la enfermería del barco, Félix dejó escapar un suspiro y miró el barco. Tardó poco tiempo en notar que algo no iba bien. Su sonrisa desapareció con tal brusquedad que algún marinero creyó oír un fuerte crujir metálico. Instintivamente todos dieron un paso atrás, y un joven grumete estuvo tentado de saltar por la borda, aún consciente de que su lado daba al puerto.

—El motor no está parado. —Félix miró a los demás, buscando respuesta, pero solo recibió pavor. Le bastó con emitir un gruñido para convertir su anterior afirmación en una pregunta.

Algunos de los ojos asustados del resto de la tripulación miraron hacia el puente de mando. El jefe de mecánicos entendió enseguida lo que las pupilas querían decir, y empezó a subir por la escalera que llevaba al puente, donde el capitán Malviento miraba tan atento al horizonte que cualquiera podría pensar

que aún no se había dado cuenta de que el buque estaba amarrado en puerto. El capitán reconoció los quejidos de auxilio que emitían los metálicos peldaños por los que subía Félix, y tragó saliva, dispuesto a enfrentarse al enorme mecánico.

—Parad las máquinas —ordenó de manera sorprendentemente tranquila el enorme hombre en cuanto entró en la cabina. El oficial de máquinas le devolvió la mirada con un gesto de nada contenida superioridad. Durante los diez años que habían trabajado juntos, los conocimientos de Félix habían superado el poder del cargo que ostentaba el jefe de máquinas, y tanto tripulación como oficiales, incluido el capitán, escuchaban e incluso acataban las órdenes que el experto jefe de mecánicos daba. Por eso el ninguneado jefe de máquinas, agarrado al telégrafo de velocidades como si fuese el cetro de mando de un reino flotante, disfrutaba de poder desafiar al moleestamente capaz mecánico.

—No —respondió finalmente el capitán, con toda la autoridad que había acumulado durante la última hora mientras esperaba la llegada de su temible tripulante—. No podemos esperar más días, necesitamos volver al norte a por más carbón.

—El barco necesita descansar —afirmó con seguridad Félix—. Llevamos meses explotándolo, las calderas necesitan enfriar y limpiarse. Los pistones necesitan ser engrasados en frío. El barco no se moverá de aquí hasta al menos un par de días más.

—Aprecio... —El capitán cometió el desliz de mirar a los ojos a Félix. Si era temible cuando sonreía, sus ojos negros como el carbón de la bodega era aún más imponentes cuando no lo hacía. Félix no mostraba desafío en su rostro, ni enfado, ni rabia, ni siquiera una ligera molestia. Pero la ausencia de su habitual sonrisa produjo un instintivo frío eléctrico en la espalda del capitán—. Siempre he apreciado tus consejos respecto a la mecánica de la nave, Félix. Lo sabes. Pero tenemos órdenes de llegar mañana al puerto de Xigia y recoger carbón. Alégrate, verás antes a tu familia.

Félix emitió un ruido que podría interpretarse como una negativa. Por supuesto que Félix quería ver cuanto antes a su familia, pero forzar la maquinaria no haría que ese momento llegase antes.

—El barco ni siquiera llegará a salir del puerto en estas condiciones.

—El barco aguantará —terció el jefe de máquinas, reafirmando su posición—. Es una máquina, no una persona. Las máquinas no se cansan. Así que mueve a tus mecánicos y haz lo que haga falta, pero el barco va a zarpar en una hora.

Félix lo miró con sus oscuros ojos, y la falta de respuesta tuvo más efecto en el cobarde jefe de máquinas que si un dragón marino hubiese entrado por la puerta y lo hubiese encañonado con un revólver.

—Puede que sepas de mecánica, Félix —continuó el jefe de máquinas tras recuperarse, apoyándose tan fuerte en el telégrafo que estuvo cerca de lanzar la señal de Atrás a toda—, pero no sabes nada de cómo funciona la marina. Tenemos órdenes del armador, tenemos un horario y unos gastos que cumplir. Así que dile a tu amorcito de barco que se acabó descansar. Zarpamos, y no solo es un orden de tu superior, es un hecho.

Félix siguió mirándolo, sorprendido de que su superior se diese tantos aires. Estaba claro que era una conversación que había tenido lugar a sus espaldas, y era consciente de que si bien sus palabras eran respetadas dentro del barco, más lo eran las órdenes del armador, que venían con maravedíes y monedas de oro a modo de puntos de exclamación.

Félix giró la cabeza tan lentamente como lo haría una torre defensiva de un buque de guerra y encañonó con sus enormes ojos negros al capitán, que tragó saliva con fuerza.

—Hazle caso, Félix. Echa un vistazo a las máquinas y dínos qué necesita tu equipo. Pero los motores no se van a apagar, tenemos que zarpar ya.

El mecánico emitió un leve y grave gruñido que hizo temblar el pecho a los oficiales. Dio media vuelta y bajó los escalones,

que volvieron a gritar asustados ante los decididos pasos del hombretón.

Poca gente en la historia de la humanidad ha estado en el infierno y ha regresado para contarlo, pero los pocos casos de los que se ha tenido noticia han relatado lo que llegaron a ver entre gritos y carcajadas desquiciadas. Describir el infierno usando solo palabras era una empresa verdaderamente difícil, y quien más se había acercado había sido el escritor Durante Boccacciancla, que fue capaz de describir lo que había visto en un libro encuadernado con piel humana y escrito con cerillas.

A pesar de la dificultad para hacernos una idea de cómo era realmente el infierno, había una especie de consenso, un común denominador que había permeado al saber popular. Y el saber popular estaría de acuerdo en que las calderas de *El Descomunial* no eran el infierno, pero bien podían servirle como segunda residencia al mismísimo Satán.

Félix entró en las ardientes tripas del barco, y estas rugieron con un estruendo metálico mientras digerían al enorme mecánico. A pesar de que los motores solo estaban calentando y preparándose para arrancar en un par de horas, el ritmo de los pistones y las salidas de vapor podía resultar frenético para el ojo no entrenado. Un mecánico observaba cada uno de los pistones moverse mientras vertía aceite en el más oxidado de ellos, esquivando cada movimiento con una habilidad aprendida a golpes. Dos topolinos cargaban las calderas que calentaban el vapor a paletadas de carbón, y con la puntería característica de su cegata especie tan solo derramaban dos tercios de todo lo que echaban. Las piedras de carbón rebotaban y volvían a la pila donde las criaturas caminaban, para volver a ser cargadas de nuevo hacia el interior del fuego.

Félix examinó el pistón oxidado y posó su mano sobre él, a pesar de que el mecanismo no parecía tener mucho aprecio por las manos ajenas. Diego Pies Habilidosos daba fe de ello.

El mecánico jefe no tuvo problema y se dejó llevar, notando cada una de las vibraciones del barco, todas las piezas moviéndose con la fuerza de la ardiente caldera a un ritmo que Félix había aprendido a reconocer. Notó en su mano la música que cada uno de los instrumentos de vapor, aceite y carbón emitía y, como buen director de orquesta, notaba cuándo uno de ellos se salía de la partitura.

—Este pistón no aguantará, tenemos que detenerlo y repararlo —comunicó al mecánico de guardia.

—No podemos, jefe —respondió el muchacho, con un gesto en la cara que comunicaba que estaba de acuerdo con él, pero que no podía hacer nada—. Tenemos ya cuatro de ellos jodidos, dos de ellos de manera irreparable. Si detenemos este los demás se sobrecargarán, y ni siquiera podrán mantener el motor en marcha, no digamos ya mover la nave.

—Han pasado ya por aquí, ¿verdad? —adivinó Félix por la actitud del mecánico, que hablaba como si ya hubiese tenido esta conversación desde el otro lado. El joven asintió, y Félix dejó escapar un largo suspiro, que fue acompañado por una de las tuberías liberando una nube de vapor. Félix examinó de nuevo el oxidado metal de la pieza dañada, que vibraba como si no pudiese aguantar más. Observó un tornillo, del tamaño de su pulgar, que ayudaba a sujetar uno de los ejes por los que giraba el pistón. La pieza estaba corroída por el óxido hasta el punto en que ni siquiera el experimentado mecánico sabría decir si quedaba algo de metal en su interior. Finalmente añadió:

—Tienes que irte.

El joven mecánico dudó por un momento. Las órdenes de sus superiores eran sagradas, y estos habían hecho hincapié en no parar el motor aunque su mecánico jefe lo dijese. Especialmente si lo dijese. Pero la voz de Félix no era una orden, era un consejo. Y los consejos de Félix estaban contruidos con una aleación de experiencia y sabiduría, capaz de doblegar cualquier orden aunque esta fuese gritada por los dos reyes de Hisperia cantando al unísono. El mecánico supo que lo mejor

que podía hacer con su vida era irse, y así lo hizo, dispuesto a detenerse quizá al llegar a la frontera.

Félix, a su vez, sacó el reloj de bolsillo que siempre le acompañaba y calculó cuánto tiempo quedaba. Comenzó a caminar hacia las calderas con paso decidido y, tras ser recibido con un foganazo de calor, agarró por los tirantes de los petos a los topolinos y los levantó en el aire, sacándolos de la boca del infierno. Uno de ellos, el más avisado, comenzó a gritar sin saber qué pasaba a su alrededor. El otro seguía cargando paletas de carbón en la caldera a pesar de estar en el aire y de que, además, algún gracioso había cambiado su pala por una escoba. El mecánico había dejado ya la sala de calderas, y Félix hizo lo mismo, dejando a los topolinos en el suelo de nuevo, al otro lado de la puerta mecánica que daba paso a la sala de máquinas.

Giró sobre sí mismo y dio un fuerte portazo, girando la válvula de cierre de la puerta con tal fuerza que nadie en el barco podría volver a abrirla sin el uso de herramientas especiales o dinamita. Tras dejar escapar un gesto de desaprobación y lástima, retomó su paso calmado pero decidido y comenzó a subir las escaleras. Sin dudar el itinerario a seguir ni un solo momento, llegó a un diminuto camarote compartido, y ante la sorpresa de su compañero de habitación, vació el contenido de sus cajones en una vieja mochila de cuero y abandonó de nuevo el cuartucho.

Después de un breve paso por la cubierta, donde con un par de voces desalojó a los marinos que allí se encontraban, Félix siguió su camino, y los escalones que llevaban al puente de mando volvieron a temblar, así como los oficiales en su interior. Los dos superiores miraron a su jefe de mecánicos con expectación y respeto, y el enorme marino les devolvió la mirada. Seguía sin sonreír, y el jefe de máquinas se agarró con una mano sudorosa al telégrafo, dispuesto a usarlo como arma si era preciso. Félix consultó el reloj y a continuación levantó la mirada, guardándolo de nuevo en el bolsillo.

—Dimito —anunció Félix. El jefe de máquinas oyó las palabras que tanto deseaba oír en boca de su subalterno, y una sonrisa comenzó a dibujarse en su rostro.

Antes de que acabase de formarse, la sala de máquinas explotó.

Las malas noticias subieron tan rápido como el humo de la explosión, y como este, se iban disipando a medida que ascendían.

El jefe de máquinas, como responsable directo del estado de los motores del mercante, notó como su carrera se iba a pique en el momento en que el oxidado tornillo se deshizo, liberando el eje del pistón, que usó su recién adquirida libertad para saludar a sus compañeros. Los trozos oxidados detuvieron el ritmo de tres pistones más, y los restantes no pudieron procesar todo el vapor que la caldera dejó escapar. Las tuberías estallaron, el fuego de la caldera erupcionó por un momento fugaz, pero suficiente para combustionar todo el polvo de carbón que había en la sucia sala de máquinas. El jefe de máquinas desconocía todos estos datos, no así Félix, que pudo adivinar lo ocurrido por el gran final con el que la orquesta sinfónica de metal y vapor le había despedido. Por suerte, o más bien por Félix, los compartimentos estancos no dejaron escapar las llamas y el único herido fue el oficial de máquinas, que sufrió una fractura grave de carrera profesional y se torció la muñeca al engancharse al telégrafo cuando el motor explotó.

El capitán Malviento suspiró e intentó calcular el tiempo que la nave volvería a estar operativa y decidir qué hacer con esas vacaciones forzadas antes de que los últimos trocitos de madera de la cubierta cayesen en el agua. No era el fin de su carrera, no cuando tenía un chivo expiatorio al que culpar balbuceando algo desde el suelo mientras se quejaba del dolor de su muñeca.

El armador de *El Descomunal* dejó escapar un par de insultos en cuanto la noticia le llegó, y maldijo su suerte. La nave

era una de las más grandes en su posesión, y no solo la reparación, sino el cese de beneficios durante el tiempo que durase esta iban a dar un bocado en el crecimiento de su fortuna. Por suerte el grupo empresarial al que había vendido los derechos de explotación de sus naves correría con la mayor parte de los gastos. Pero aún tenía que pensar cómo decirle a su mujer que el laberinto del jardín que planeaba construir en su casa de la playa iba a ser más sencillo de lo que esperaban. Quizá tan solo un cuadrado hecho con arbustos, de hecho.

El gerente director del grupo empresarial Transportes y Logística Aeroceánica recibió la llamada en su teléfono antes que los bomberos del puerto de Gádiz. Apuntó en su cuaderno el nombre del barco y varios números más, frunció con ligera molestia el ceño y llamó a su chófer. Mientras esperaba a que el moderno coche lo recogiese en la puerta de su oficina, calculó rápidamente las pérdidas y las contrastó con los beneficios. Una vez en el coche, y durante el trayecto por las húmedas calles de Bilvo, ajustó márgenes, calculó porcentajes y en general maquilló las cifras hasta dejarlas como una de las putas del cuarto piso de la Factoría de Afectos. Desde el punto de vista global, la pérdida de un barco no era grave, pero los beneficios calculados del trimestre ahora pasaban medio punto por debajo del margen prefijado, y eso era una alarma más fuerte que la que por fin sonaba en el coche de bomberos del puerto.

Antes de que el cuerpo de bomberos pudiera desenrollar su manguera y comenzase a bombear agua al interior de *El Descomunal*, el gerente director ya se encontraba a las puertas del despacho de la directora del Banco Navarro El Dorado, aunque bien preferiría encontrarse en el interior de la bodega en llamas del barco.

Tras unos minutos de tensa espera, las enormes puertas del despacho de la condesa se abrieron y el gerente director notó una fría brisa salir de su interior, como si en lugar de un despacho, hubiese irrumpido en el interior de una tumba faraónica. Ni siquiera se molestó en seguir la metáfora al ver a la arrugada

condesa en su sillón, ya que no se atrevía a asegurar que pensar en la condesa y en una momia en la misma frase no acarrearía en despido fulminante.

El gerente pasó al interior del enorme despacho, adornado con tapices del escudo de la condesa realizado con las más finas telas y engastado con los más gruesos diamantes. Obviando los enormes escudos de armas familiares, el resto del despacho mostraba una imagen sobria, aunque pudiera ser el efecto producido por el tamaño de la sala, que requeriría del contenido de un par de museos para ser adornada por completo. La mesa de una madera desconocida para el gerente iba a juego con el resto del despacho y, además de ser del tamaño de una embarcación pequeña, en su superficie solo había una hoja y una pluma apoyada en un tintero casi vacío.

Tras ella estaba la condesa Gregoria Begiputre, enjuta, en una silla que le venía grande por dos tallas y una ropa que tan solo lo hacía por una. El gerente notó un escalofrío al ver la mirada oscura que se escondía tras el pelo corto y cano de la condesa observándole. Su rostro inexpresivo y frío le producía pavor y, a pesar de ser un frío gerente director, lo que tenía ante sí era un monstruo por cuyas venas corría agua de glaciar, si es que corría algo.

Detrás de ella, con una pose más informal, se encontraba su asesor Joaquín Cartanegra, un tipo bien vestido, elegante pero con aspecto cercano, casi incluso menos sobrio que el director. En su rostro, en contraposición con la enclenque estatua de hielo del sillón, había un rostro amable y una mirada sinceramente jovial. Cartanegra le dedicó una sonrisa y le guiñó un ojo.

El gerente director no sabía cuál de las dos personas le daba más miedo, así que optó por temer a ambas y ser sincero y rápido. El Banco Navarro El Dorado era el accionista mayoritario del grupo de empresas que él dirigía, y como tal, tenía derecho a ser informado de primera mano sobre cualquier cambio en las previsiones.

—Los beneficios calculados para este trimestre han descendido medio punto por debajo del límite estipulado, señora condesa.

—¿Por qué? —preguntó directa con una voz que sonaba como una serpiente que hubiese aprendido a hablar y se hubiese quedado afónica por el esfuerzo.

—Uno de nuestros activos ha sufrido un accidente —empezó a hablar con rapidez el cada vez más nervioso entrajelado—. Contemplábamos esta opción, el riesgo de perder barcos se veía compensado al someterlos al trabajo extra, pero hemos superado el límite marcado, y no podemos seguir explotándolos a este ritmo.

—Vended lo que quede de la nave por piezas y usad los beneficios para asegurar que ninguna de las otras naves sufra un percance parecido. Y subid el rendimiento para compensar la pérdida de la nave —respondió sin apenas pensarlo la condesa—. No vamos a bajar el ritmo de transporte, o los beneficios de las demás empresas se verán afectados por la escasez de carbón.

El gerente asintió y comenzó a girar sobre sí mismo, dispuesto a salir de ahí cuanto antes. La condesa lo detuvo antes de que pudiese ni siquiera mover los ojos.

—Asegúrate de que las aeronaves seleccionadas para el transporte del oro están a punto, no puede ocurrir un percance parecido —añadió con tal seguridad que el gerente no sabía si se refería a que no podían permitir que ocurriese o si a que con esa frase la condesa ordenaba al universo que dicho percance no ocurriese. Solo esperaba que el universo claudicase ante una fuerza claramente superior.

Finalmente acabó de girar sobre sí mismo y abandonó el despacho con más presteza de la que hubiera querido mostrar.

—Quiero que vigiles en persona el transporte del oro —ordenó la condesa a su subalterno inmediato, que dejó de sonreír en cuanto la puerta del despacho se cerró con el sonido de una losa en una cripta—. No quiero que vuelva a repetirse el asunto del furgón.